

## *Sociedad, Persona y Educación*

*Por Francisco CARMONA NEN-CLARES. Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.*

### I

LA educación no crea un ser: facilita su acrecentamiento. Su raíz está en la vitalidad inicial del hombre, que se despliega bajo la influencia de los bienes de la civilización y los valores de la cultura. Cada niño, de modo inconsciente, toma una dirección vital, se determina autoactivamente, se mueve por fines propios, originarios, representa una individualidad inestable, un devenir. Dos fuerzas lo caracterizan fundamentalmente: el instinto de conservación y la capacidad de desarrollo. El primero no lo distingue de los animales; el poder de desarrollo, en cambio, es de mayor persistencia y riqueza en el hombre. El animal sólo necesita alcanzar la forma biológica a que está predestinado. El hombre está colocado, desde que nace, dentro de una vida de cultura cuyos contenidos debe recibir y aprender, y bajo cuya influencia se desenvuelve su naturaleza originaria, aumentando progresivamente su forma humana. La necesidad de crecer y madurar plenamente es el punto de partida del proceso educativo. No es admisible la idea, de procedencia rousseauiana, de que el niño pueda alcanzar espontáneamente con su crecimiento natural la formación y madurez necesarias para la constitución de su humanidad. Necesita atravesar un largo período de *aprendizaje, cuya esencia no está, como se cree corrientemente, en la recepción del saber, sino en la interna sedimentación de su ser.* Aun cuando la escuela no realiza toda la educación, en la parte que le incumbe no se reduce a enseñar simple-

mente un conocimiento, sino a capacitar para aprendizajes vivos. La escuela trabaja sobre edades en ascenso vital. Un estado inicial de posibilidades infinitas y un ideal de vida humana de variable realización constituyen la raíz y el sentido del proceso educativo. Este proceso se cumple en un proceso cuantitativo —devenir más— y cualitativo —devenir mejor— en el seno de la sociedad y la cultura. Crecimiento, como se advierte, presupone inmadurez y ésta no implica ausencia de poderes, sino potencialidad vital que requiere ser desarrollada y conducida. La formación es crecimiento de la vida del ser rodeado y estimulado por agentes y estructuras exteriores: la naturaleza, la sociedad y la cultura.

En su proceso de desarrollo, espontáneo y conducido, el individuo se encuentra con los seres y poderes de la comunidad. Sus impulsos no siempre concuerdan con el complejo social, pero como el niño tiene que vivir en ese mundo, necesita ayuda, conducción. Mucho más cuando debe estar, como en nuestra época, dentro de una civilización cambiante. La educación, particularmente la de tipo escolar, no puede desentenderse de la tarea de fomentar la forma de vida necesaria para una sociedad en inevitable mutación. Hay que poner al hombre al nivel de su tiempo. No es posible, por indiferencia educativa, dejarlo retrasado. El complejo de la realidad presente constituye uno de los condicionamientos culturales y educativos.

## II

Cada individuo recoge de la vida del grupo una cantidad de elementos que vigorizan su ser y refuerzan la homogeneidad social: lenguaje, sentimientos, creencias, ideas, hábitos y normas comunes. La vida del individuo significa, por un lado, crecimiento biológico y, por otro, asimilación social, lo que es un acrecentamiento. Pero con esto solo la formación humana sería insuficiente. Respondería al desarrollo de su ser psicofísico y a su acomodación en el grupo. Eso es lo que acontece en las sociedades primitivas y en la influencia cósmica y asistemática del mundo y la vida. La educación debe propender a algo más alto y más hondo que el crecimiento natural y la adaptación especial, y, para ello, apela a formas de actuación consciente, a un régimen sistemático que se cumple por la acción de organismos pedagógicos y culturales. Necesita asegurar el desenvolvimiento del espíritu según su individual origina-

lidad. La educación escolar debe ofrecerse como una igualdad de oportunidades para que se permita a cada uno llegar a ser lo mejor de que es capaz. Esto entraña respeto al valor de cualquier hombre, aun al de vida más humilde. Se ha dicho que esta igualdad de oportunidades es lo que más se acerca a la esencia de la democracia, régimen político-social de cuyo perfeccionamiento depende la educación del pueblo.

Como es sabido, no hay ideales educativos abstractos. Si la educación quiere ser —y tiene que ser— formación del hombre, no puede substraerse de las realidades vitales y de los ideales que esas realidades son susceptibles de alcanzar. No puede prescindir de las virtualidades del individuo, pero no se agota en sus límites. Pensar o tener presente al individuo es pensar o tener presente a la sociedad en cuyo seno aquél realiza su vida. A la sociedad le interesa conservarse y asegurar su unidad, y esto lo logra comunicando a sus integrantes su acervo espiritual. Pero, para que al mismo tiempo esa sociedad crezca y evolucione necesita permitir el desenvolvimiento de valores individuales, a fin de que surjan personalidades independientes, espíritus creadores. Problemas aparentemente divergentes, pero con un punto de rigurosa convergencia, la educación, a la vez que actúa en interés de la comunidad, cultiva lo peculiar humano del individuo como valor propio irrenunciable e intransferible, que también interesa a la sociedad para su avance. Por esto, al educador le es indispensable conocer las disposiciones individuales del alumno y fomentar su autoactividad como también preparar progresivamente el espíritu de comunidad y su derivada aptitud de autorregulación para la vida social. Desde temprano, hay que cultivar, sobre todo en los adolescentes, junto a la independencia individual, la aspiración al compañerismo. Educación para la independencia significa preparar para la vida en común sin hacer perder las virtudes individuales. Es en la vida en común donde se muestra la independencia. Poco o nada hacen las escuelas públicas en la preparación de ese espíritu. Impone muy pronto una rigidez mecánica mediante un juego de jerarquías y sumisiones artificiales. Habría que revisar los métodos educativos para procurar una adecuada educación de las virtudes colectivas sin comprometer el sentimiento de individual independencia.

La educación es un proceso que se confunde con la vida misma, y por ello, y a la vez, es simultánea e indivisiblemente individual y social. El individuo es un ser concretamente social, y así debe ser concebido por el tratamiento educativo. Lo contrario llevaría a considerarlo como

un ente vacío, desprovisto de conciencia histórica y de contenido nacional. La conciencia nacional es tarea educativa de fondo para la vida del pueblo y de cada uno de sus integrantes. La escuela, en su aporte a la formación del hombre, debe desarrollar los grandes ideales políticos y las nobles aspiraciones de la comunidad, pero no puede moverse al ritmo de las tormentas partidistas ni cobijarse a la sombra de mezquinas banderías o sectas. El sentimiento nacional es una común exigencia de la vida de cada individuo y del pueblo todo. No puede ser desenvuelto en las escuelas para el provecho de una casta, un régimen o un credo que sólo buscan su propia conservación, aun en detrimento de la totalidad social.

La educación, en su sentido pleno, forma al hombre de su país y de su tiempo, asegurándole también firmes y amplias conexiones con lo universal. Es decir, lo forma en la cultura y en la nacionalidad. La nación, como principio espiritual educativo, tiene sus apoyos en el pasado y en devenir históricos. La educación no quiebra la tradición del país en cuanto ésta no es paralización en lo antiguo, sino su consideración crítica, base para promover cambios y superaciones. Sobre lo recibido debemos construir para transmitir. Lo histórico-espiritual no tiende a suprimir lo individual, sino a convertirse en consigna y conciencia de autenticidad nacional en la persona. De este modo, en el trabajo educativo la sociedad no puede ser vista ni entendida como una masa ciega que somete al individuo por un proceso mecánico de adiestramiento y asimilación; así sólo la conciben autoritarios regímenes políticos. La sociedad está movida en muchos de sus aspectos por factores individuales. Sólo dentro de esta concepción es posible una cultura con expresiones creadoras. Se ha dicho que en una nación democrática el individuo "no debe ser considerado como la prenda del Estado o de otra institución cualquiera". Las instituciones democráticas son medios para que el individuo realice sus fines de bienestar social y elevación moral.

### III

En el fondo, la educación siempre es cuestión de cultura, es decir, de cultivo del espíritu individual mediante el estímulo de la cultura social. Por este camino, el hombre realiza el aprendizaje de la forma de vivir de la sociedad y desarrolla capacidades para vivir con independencia personal. Lo primero, —especie de acuñación de la conciencia social— re-

presenta una fuerza conservadora de cultura, y lo último presupone una posibilidad de creación individual en el seno de la comunidad. Sólo así, la educación puede mantener y renovar la cultura. Su tarea —como lo ha señalado en un convincente ensayo el pedagogo y filósofo norteamericano William H. Kilpatrick— es de dos clases: por un lado la transmisión —tarea antigua y la más común en nuestra época, en que la educación suele ponerse en manos de personal no preparado especialmente para ese objeto y para la comprensión profunda de sus problemas— y, por otro, la crítica tarea de renovación y cambio de la cultura, menos ensayada, y hasta combatida a veces, por la resistencia que toda mutación provoca y por el mayor esfuerzo que ella exige.

El principio del individuo no significa que la educación pretenda fomentar a cada uno pensando que integrará una sociedad regida por el concepto de que cada hombre debe bastarse a sí mismo. Por este camino se cae en un individualismo abstracto y anárquico. Hay que acudir a principios que propugnen una vida fundada en la comprensión y en las relaciones solidarias y cooperativas de ideales y acción, lo que no significa ciego acatamiento a modos de pensar incommovibles. Hay quienes se oponen a la libertad académica porque consideran que una escuela es un lugar donde los niños o adolescentes son llevados para que los mayores les enseñen, como algo exclusivo, lo que ellos piensan. No es éste el verdadero sentido de la escuela democrática, que, por el contrario, procura alentar el despliegue y enriquecimiento del espíritu, sobre toda la conquista del juicio para la comprensión de los demás y la propia determinación.

## IV

Para que la escuela pueda preparar el espíritu de independencia, es necesario que el que aprende no esté sujeto a los rígidos criterios del que le enseña, y para esto es indispensable que los maestros no sean sometidos continuamente a obrar conforme al pensamiento impuesto sino con un amplio margen de propia iniciativa expresada con responsabilidad. “¡Cuántos sistemas de enseñanza —dice Kilpatrick— funcionan de acuerdo con un régimen en virtud del cual unas cuantas personas determinan la política y los métodos mientras los pobres maestros no hacen más que cumplir órdenes! Bajo ese régimen, lo mismo que en la esclavitud, el

pensamiento y la acción van separados. Consecuencia de ello es que los maestros no logran imprimir a su trabajo ese espíritu que resulta del consorcio del pensamiento y la acción. Y peor aún: ese régimen que se aplica a los maestros y que ha sido tomado de la fábrica, se refleja inevitablemente en el gobierno de los alumnos. Cuando los alumnos pasan doce años de su vida haciendo principalmente lo que se les manda —tal parece ser el propósito—, se habitúan a divorciar la acción del pensamiento. No hay que admirarse, pues, de que tantos de nuestros ciudadanos sean indiferentes a los problemas de interés público. Se les enseñó a no pensar en lo que convenía hacer ni a unir el acto a la idea.”

Los juicios dictados y las consignas ideológicas no constituyen norma formativa. Podrán “adoctrinar”, pero esto no es esencialmente educación, sino opresión externa, gravitación de autoridad dogmática. El maestro no cumple la tarea de enseñar con fines educativos si se entrega a adoctrinar a los alumnos en sus personales opiniones o en las de una tendencia determinada. Formará adeptos, los convertirá en sus dependientes. La educación verdadera encamina al joven hacia el pensar independiente. El buen maestro debe evitar que los alumnos estudien únicamente para complacerlo con sus respuestas. Esto se aproxima a la forma catequística, método pasivo de uso secular y de efectos negativos para la personalidad. Pedagogía de “adoctrinamiento” es la que aplican los regímenes totalitarios, en cuya enseñanza prevalece un sistema de interdicciones y obligaciones, de ideas, conocimientos o libros, y una resistencia a toda crítica. Cuando la juventud adoctrinada llegue a ser adulta pensará igual, exactamente igual, que la generación que la enseñó. *No es honesto impedir que los discípulos puedan superar a sus maestros.*

Educar es preparar hombres que, tras el conocimiento del estado de la ciencia, de la verdad, de los principios y las normas, puedan —si para ello son capaces— lograr un nuevo pensamiento, o llegar a descubrir algo superior. Hay que despertar confianza en las propias fuerzas, y franqueza para expresar los resultados. A esto conducen nuevas concepciones educativas con sus formas escolares y extraescolares y nuevos recursos didácticos, ajenos a la idea y métodos de pasiva receptividad. Conforme a un renovado concepto del aprender, este acto es un proceso real que vive el que aprende, no sólo ligado a la esfera de la inteligencia, sino a la plenitud del ser, especialmente a la voluntad y el carácter. En él sobresalen reacciones y situaciones vitales y proceso de autoactividad que exaltan la variación sobre la repetición y estimulan la libre coope-

ración de las diferencias sobre la impuesta uniformidad. Por estos nuevos principios, la enseñanza acude a un amplio programa de realizaciones individuales y colectivas y a la aplicación de métodos, de proyectos y trabajos en equipo por los cuales pueda integrarse la labor individual a la del grupo organizado. Estas formas didácticas acostumbra al educando a fortalecerse y enriquecerse mediante la actuación de sus propias energías. Lo conducen a discutir y elegir parte de sus trabajos, a elaborar, por autoexperiencia, aprendizajes y conceptos, a pensar eficazmente, a discriminar con certeza ante diferentes y opuestos valores, a aprobar o desaprobar sin precipitación y a practicar la imparcialidad en la apreciación de los hechos y las cosas, a expresarse por sí mismo y moverse por íntima decisión en el seno de situaciones reales que obligan a reaccionar con rapidez y responsabilidad. La educación para la independencia presupone formar al hombre desde temprano en la cooperación y para ella. Es indispensable educar la comprensión y el sentimiento de simpatía y solidaridad. Educación es formación de la conciencia individual y social para la convivencia, esclarecimiento y ejercicio de los deberes comunes y para consigo mismo. El espíritu de independencia no se educa mediante un sistema de preceptos verbales y teóricos, sino por un prolongado y seguro ejercicio práctico del libre examen, la objetividad del juicio y la libre expresión, origen y sostén de la cultura.

Este vivo sentido humanista de la educación es importante realizarlo en la escuela infantil aprovechando las tendencias de autoactividad del niño, proseguirlo en todas las ramas de la enseñanza media para orientar los ímpetus emancipadores de la adolescencia, y continuarlo en la enseñanza superior donde de ningún modo puede estar ausente. Deben ser comprendidas y alentadas las naturales y sanas ansias de independencia espiritual de la juventud. La libertad es lo que el hombre suele usar peor que ninguna otra cosa en la vida, y esto es explicable si se advierte que en la familia, en la escuela, y en la sociedad actual, muy poco se fomenta ese aprendizaje. En su lugar, prospera la docilidad y el espíritu de acatamiento. *Mala educación* —verdadera deformación— *es la que acostumbra al niño, adolescente o joven a responder adivinando deseos extraños o voluntades superiores.*

En la exposición del “Proyecto para la reforma de la enseñanza en Francia”, elaborado después de la última guerra, la comisión ministerial de estudio pide que, para responder a exigencias de formación del hombre y del ciudadano, las actividades escolares, juegos, deportes y ocu-

paciones educativas se organicen de modo que ayuden a despertar en el adolescente responsabilidad de dirigente y responsabilidad de ejecutante. Se evitará así —agrega el informe— “cultivar en algunos el absolutismo del jefe predestinado y en otros la costumbre perezosa de una ciega sumisión”.

La educación verdadera asegura el desarrollo de la libre personalidad, y la continua renovación de la cultura social. Incorporado a ésta, el hombre elabora su diferenciación junto al espíritu de comunidad. La cultura no iguala: distingue. Distingue sobre las semejanzas o identidades. No somete, ofrece oportunidades para que el ser originario y en continuo devenir de cada uno pueda expresarse sin trabas, espontánea y creadoramente. El derecho de ser diferente es un postulado de la democracia, y para su cumplimiento es ineludible la organización de una vida con libertad.

La educación para la independencia es, desde el punto de vista del individuo, formación de la personalidad autónoma, y, desde el punto de vista de la sociedad, constituye una afirmación de los propios valores o debida elaboración —no yuxtaposición— de los ajenos, y representa una subordinación del pasado a la creación del porvenir. Cada generación revela su independencia si trasmite a la siguiente la herencia espiritual que ha recibido pero enriquecida con nuevos contenidos e ideales. En el tradicionalismo de los antiguos pueblos orientales, los hijos reflejan a los padres. En la mejor tradición educativa de Occidente, los padres dan paso a la superación de sus hijos. *Para los pueblos libres, la educación no es sólo un instrumento de conservación, sino esencialmente una vigorosa fuerza de recreación y perfeccionamiento.*